

MABEL FONTAU

BUENOS AIRES

Mi tierra.
Fuego y agua es uno,
brote de tu entraña,
creciente de un mar de piel cobre y platino.
Vida, mano a mano que traza el destino
—ley de brújula causal y lengua extraña—
Vástagos en tu monte de arcas lejanas,
somos vuelo y confesión de tus caminos
hacia un sol, que mira al sur en su mañana.
Llora el alma sin palabras tu tristeza,
cielo y cristal en la piedra humedecida
por la vuelta de un fantasma: la partida.
Muerte y cruz, la puñalada sin grandeza,
luz que en tu crepúsculo es sangre y belleza,
noche triste que un zorzal canta a tu vida
con lluvia de estrellas sobre tu cabeza.
Pasado inmortal, arco iris que
avanza tras la garúa gris;
pinta tus paisajes, viste a tus máscaras de insomnes ropajes y embriaga luces
para un fuelle que danza.
Los que vivimos en tu sueño de paz,
tu remembranza,
los mareados por tu amor,
tus personajes, somos tú,
con tus nostalgias y engranajes.
Hoy, tu identidad.
Y siempre, tu esperanza.

CERTEZA

En esta pauta de silencios vanos,
burdo disfraz de un horizonte abierto,
se ahogan las llamas del amor. Lo cierto,
es que el tiempo se escapa entre mis manos
como agua derramada en un desierto.

Son horas inconexas, inhumanos
huecos sin voz, encuentros tan lejanos
a la deriva. No hay faro, ni puerto.
La niebla en lo callado y en lo escrito,
cubriendo la distancia sostenida.
Y el fantasmal silencio, como un rito.
Una entrega de amor, una partida,
un vacío implacable e infinito.
Y entre unos y otros se me va la vida.

BATALLAS

Apenas un cansancio. Reaparece,
cobra piel y se instala sorpresivo.
Tedio crepuscular que sin motivo
se hace dueño del alma. Y anochece.
Me invade su raíz, la sombra crece
como un germen salvaje, sin cultivo.
Mi sangre se rebela. Y sobrevivo
en el sueño del día que amanece.
Brilla el sol coronando la batalla.
Pero vuelve el desgano —la pantalla—
donde encubre el dolor su mordedura.
Y así siempre, la fuerza del deseo
salta por mí las cumbres que rodeo.
¡Dios mío! Que no estalle mi armadura.

DESENCUENTRO

No encuentro mis rostros
en el continente virtual de mi máscara.
Un brazo de luz entre los ojos
borra los surcos de piedra.
No hay herida en la frente.
Las lejanías revierten los pasos
desde un ciclo de estrellas fugaces
que palidecen.
Las voces se acallan en los años.

Un tiempo de tinieblas
desdibuja en mi cristal
sorbos de vida añeja.
El dolor sedimenta en el fondo del vaso
la sustancia de un arcano sueño
que es retorno
sin haber sido vuelo.
Allí, pierdo mi rastro.